

**ROI**

**EI**

**ELEFANTITO**

**ADOLESCENTE**

Roi caminó por varios kilómetros, entre árboles y hierbas crecidas a lo largo del sendero, ensimismado no apreció las cosas a su paso. Se detuvo momentáneamente, pero atrevido se desvió para dirigirse al río.

Dudó hacerlo, sin embargo, se dejó llevar por el enojo; caminó apresuradamente para llegar a la orilla, se abrió paso con rapidez, ya frente a éste, decidido, metió con cuidado su pata derecha al agua cristalina, podía ver sin dificultad el movimiento de sus cinco dedos, no pasaba nada, hizo círculos con ella, mientras decía para sí.

—¡Mamá y papa elefantes siempre me dicen qué hacer o qué dejar de hacer! ¡No más! deben entender que ya puedo tomar mis propias decisiones, he crecido, no soy un niño.

—¡Buena idea!— dijo una aguda voz chillona en tono mal intencionado; —¡Cruza el río! de este lado estamos los que somos de pensamientos libres, nadie nos manda; veo que eres de los nuestros, te felicito.

Era una hiena, que mientras hablaba se movía de un lado para otro, sigilosa, con movimientos suaves bien calculados, sus ojos saltones no dejaban de mirarlo, su hocico babeante no dejaba la sonrisa sarcástica.

—No sé si deba— insistió el elefantito— Además, mis padres nos han hecho muchas advertencias respecto al peligro que hay en el otro lado del río.

—¡Sí, sí!— interrumpió la hiena maliciosa— Los padres dicen muchas cosas que no son ciertas. Ellos también mienten. Si hay algo malo de este lado del río, ¿Cómo lo saben? ¿Ya cruzaron? De ser así, tú tienes igual derecho a saberlo por ti mismo.

Roi pensó que por fin alguien lo entendía; amaba a su familia, pero también quería explorar el mundo. Vio la posibilidad de que la hiena tuviera la razón, es decir, los padres también mienten.

—¡Cruza, cruza!— insistía la hiena obstinada.— En poco rato, la creciente del río subirá y si no te das prisa, no llegarás a la orilla.

El elefantito, comenzaba a confiar en la hiena, pero sentía una pelea interna que le impedía tomar una decisión, lo aprendido en la familia y lo que ahora la hiena le decía; algo clavado en su corazón lo hacía dudar.

Su Padre y Madre, le habían hablado desde pequeño de muchas cosas; temas que consideraban muy importantes para Roi y sus dos hermanitas, como su valor interno incalculable, además enfatizaron siempre, que poseía algo muy preciado para muchos; recomendándoles siempre que se cuidaran con esmero.

Pero ahora, le parecía que sería él quien descubriría la verdad sobre ese lugar prohibido.

La hiena hablaba fuerte, con intención de ser escuchada por él; mientras se recostaba en su propio lomo, estirando las patas, bostezaba y repetía. — Aquí nadie me ordena la hora de dormir, o de levantarme, o qué comer, ni qué limpiar. Soy libre y decido por mí mismo.

—¿Tú comes carroña?— dijo Roi el elefantito de manera inocente, curioso, mientras metía su segunda patita en el agua, la hiena lo miró de reojo, ahora acostada sobre su panza sucia de lodo, no podía dejar de sonreír satisfecha, salivando, relamiéndose la trompa; desconcertada por la pregunta, su rostro mostró molestia mientras respondió agresiva.

—¡Claro que no! Aquí hay hierbas, frutas, raíces, tubérculos, semillas y para beber abundante agua cristalina. Hay de todo.

—Desde aquí, se ve todo tan seco, lodoso, sin árboles ni plantas crecidas en la orilla del río. —Contestó Roi.

—¡No, no, eso es sólo en la orilla! Ya verás que más adentro encontrarás comida abundante, todo lo que te gusta, lo que siempre has deseado, más de lo que jamás has imaginado; tú escoges qué comer, nadie decide por ti, ni te da órdenes. ¡Mírate tan grandote! y no sabes elegir lo que quieres. Te han hecho un miedoso.

—¿Miedoso?— la palabra resonó en el orgullo de Roi: era como un fuerte empujón que lo impulsó, no lo pensó más; él no era un miedoso, debía demostrarlo, comenzó a caminar río adentro, estaba tan acelerado, que no se percató como el agua cambiaba de color y espesor a su paso, se hacía lodosa cuanto más se acercaba a la orilla de la hiena.

Sus patas se levantaban cada vez con mayor dificultad, se marcaba más su pisada, el agua cristalina, se desvanecía para transformarse en agua turbia y densa, su corazón comenzó a latir fuerte, le prevenía que algo no estaba bien.

Recordó, con añoranza, los paseos con sus padres y sus hermanitas, que siempre lo habían querido mucho. Las comidas familiares en el campo, los caminos con abundantes árboles frondosos, el placer que sentía cuando con su trompa llevaba a su boca, frutas, hojas y cortezas de los árboles, experimentar esos exquisitos sabores en su paladar.

—¡Sigue caminando amigo!— gritó la hiena —Aquí estoy esperando.— Ansioso se relamía el hocico de manera exagerada moviendo la lengua de un lado a otro. —¡Más rápido, más rápido!— dijo desesperado — El río crecerá y el tiempo es oro.

Roi volteó a ver a la hiena, se dio cuenta que habían llegado más de ellas, era un clan, ahora era una hembra la que cacareaba; a un lado agachado y sumiso aquel que lo había invitado a cruzar.

Sus rostros no eran amigables, sus miradas parecían siniestras, sus colmillos asomados mientras se movían sigilosas retorciéndose impacientes. Tuvo miedo, pensó en regresar, pero el agua del río había crecido, como se lo abrían advertido; el agua subía por sus patas que quedaron atrapadas entre el lodo a unos escasos metros de las hienas, que manoteaban para atraparlo.

Descaradamente hablaban de sus colmillos como un gran negocio; quiso llorar de frustración, su rostro mostraba angustia, mientras las hienas reían a carcajadas suponiendo que ya no tendría salida.

Para Roi dar un paso atrás, le hacía creer que se reirán de él sus padres y sus hermanas.

Dar un paso adelante provocaría que las hienas le hicieran daño.

—¡Mis hermanitas! — Reflexionó, ellas tienen que saber lo peligroso que es cruzar el río.

—¡Basta! No estoy solo. Gritó con fuerza, las hienas sorprendidas se callaron, voltearon todas a la vez a verlo para luego intentar lanzarse sobre él, pero temían resbalarse en el lodo, ellas buscarían otra opción antes de que fuera muy tarde.

—¡Avanza, avanza, tonto elefante!— gritaron desesperadas.

¿Tonto? Roi sabía que a Mamá no le gustaba esa palabra y ahora lo comprendía, tonto sería si continuaba con esa locura, estaba furioso consigo mismo; se había dejado engañar de la manera más vil, ahora veía con claridad las intenciones de la hiena.

Se esforzó, con sus patitas, golpeó el suelo, una y otra vez, parecía suave pero las vibraciones llegaron a oídos de su familia que, ante la tardanza, ya lo buscaba.

La distancia no era corta, por lo que se apresuraron y se dirigieron hacia el río prohibido.

Al llegar, vieron las patas de Roi clavadas en el lodo, estaba casi inmóvil; cercano a las hienas. Buscaron una rama, la aventaron para que con su trompa la tomara de un extremo; y ellos jalaban con fuerza, en equipo, todos apoyando a Roi, como siempre lo habían hecho; poco a poco, pacientemente hasta lograr hacerlo llegar a la parte del río cristalino.

— Las hienas huyeron— dijo Papá elefante— Siempre hacen lo mismo, intentan que crucemos y algunas veces creen que lo lograrán. Afortunadamente tú estás bien.

—¿Y cómo lo sabes?— preguntaron las elefantitas.

—Porque yo también intenté cruzarlo cuando era un adolescente— contestó Papá elefante.

Regresaron juntos a casa, festejaron por el gusto de tener a salvo a Roi nuevamente en su hogar. La experiencia ocurrida en el río prohibido, la guardaron en sus memorias, para pasarla de generación en generación.

Lucy Arriaga